CRISTINA LÓPEZ BARRIO

RÓMPETE CORAZÓN

Una inquietante desaparición. Una pasión que siempre vuelve.
Una leyenda que atraviesa el tiempo.



Planeta

Cristina López Barrio



Rómpete, corazón

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina López Barrio, 2019
Autora representada por la Agencia Literaria Dos Passos
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2019
Depósito legal: B. 22.670-2019
ISBN: 978-84-08-21731-2
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1

AURORA

24 de abril de 2019, 22:50 horas
Día de la desaparición

Érase una vez quien no quería ser, esa soy yo: Aurora. Qué horror de nombre tengo, parece el de la princesa de un cuento de hadas.

Esta tarde ha desaparecido mi hermana Clara. Han encontrado abierta la puerta del torreón, como la otra vez, y un trozo de cinta roja enganchado en la valla. Todo ha ocurrido igual que hace doce años, solo que en esta ocasión no ha desaparecido mi hermana gemela. Nacimos el 5 de junio de 2003 en este mismo pueblo; dicen que mamá casi se desangra en el jardín, la encontraron desmayada entre las rosas. Muy de mamá, nada de desmayarse en un sitio vulgar. En el reparto de nombres, y solo en esto, mi hermana tuvo más suerte: Alba, la llamaron. Aurora y Alba.

Mi padre me contaba que Alba y yo llegamos a este mundo cuando aún no es de día pero ya ha comenzado a irse la noche, lo que se llama *amanecer*, para no ponerme rebuscada, la noche se muere al tiempo que nace el día,

eso es. Quizá en ese instante quedó escrito el destino de mi hermana y el mío. Una debía caminar hacia la oscuridad, otra hacia la luz. Cuando me asalta esta idea siento que mi corazón se pone blando y se estira, como si fuera chicle, por todas las partes de mi cuerpo. Tengo el corazón en la cabeza, en la punta de los dedos, en los tobillos. Lo siento palpitar mientras desea algo que no sucede. Quizá en esta ocasión sea diferente y Clara no corra la misma suerte que Alba y aparezca.

Hace unas horas que ya es de noche. Por la ventana de mi dormitorio, donde estoy encerrada por orden de mamá, no sea que yo también me evapore, distingo el triángulo de la sombra del bosque. Tengo el corazón en la pantorrilla derecha. La izquierda está sepultada en una escayola desde hace meses, no puedo curarme. Para detener los latidos enciendo mi cámara de vídeo, una vieja Panasonic que perteneció a mi padre: ON. Voy a ser directora de cine. Cuando miro a través de ella todo es perfecto como en las películas de Tim Burton. Desde que murió papá la vida me resulta bastante rara sin la cámara. En el porche descubro a mi madre y a Ricardo. Me gusta observarlos en la pantalla, atrapados en los límites del encuadre. Aquí están más vivos y dicen quiénes son. A la cámara no le puedes mentir. Ella fuma, aunque lo había dejado; él gesticula con las manos, se las lleva a la cabeza, luego la señala con el dedo. No puedo oírlos, pero imagino lo que mamá le dice, o lo que me gustaría que le dijera: «Nunca quise regresar a esta casa y me obligaste, me obligaste y ahora ha vuelto a suceder…».

El pasado nos ha comido, mamá, somos su pizza margarita. OFF.

Desde que tuve que vivir otra vez en este pueblo, sueño muchas noches con Alba. Lo único que en mis sueños mi hermana no ha crecido, tiene la edad de cuando desapareció: tres años. Sin embargo, ayer, a la salida del colegio, en la calle Floridablanca, fui a fumarme un cigarro con Maty —él siempre está pendiente de mi escayola—; el caso es que me pareció ver a Alba por un segundo. Vi a un ser idéntico a mí, a como soy ahora, con chándal y caminando bien, claro. Le dije a Maty: «Mira, mírala, está viva». Saqué la cámara de vídeo de la mochila y mientras la encendía ella torció por la calle del Rey. La habría seguido a toda velocidad si no tuviera la escayola. Era mi hermana o mi doble. Mi padre me dijo una vez que todas las personas teníamos un doble. «¿Y para qué sirve?», le pregunté. Se encogió de hombros. Maty salió corriendo y me dijo que no había ninguna chica con chándal y menos que se pareciera a mí, que mis ojos no se pueden replicar de negros y grandes que son. Le grabé diciéndomelo y luego me lo puse cuando llegué a casa. Ya he dicho que a la cámara no se la puede engañar.

ON: Mamá y Ricardo ya se han ido. Ahora grabo el torreón, parece un fantasma de pie en el jardín. De alguna forma también es culpable de mi nombre —no podían haberme llamado Ana o Carmen, Aurora es un asco de cursi—. Mi abuela Rosa le contaba a mi madre que justo ese, y no otro, es el torreón donde durmió la Bella Durmiente por lo menos los cien años. Luego llegó Disney e hizo el resto…

¿Será una casualidad que ayer me pareciera ver a Alba y hoy desaparezca Clara, como si fuera el estribillo de una canción lo que nos sucede, mamá? ¿Se la habrá llevado

Alba porque se sentía sola? Qué cosas se me ocurren. La puerta del torreón se abre y sale un hombre al jardín. Es el policía, el inspector o como se llame. Cuando mamá le ha visto se ha vuelto loca, ha tenido eso francés, un *déjà vu*. ¿Qué hará el policía en la torre, quizá espera encontrar a una vieja bruja con un huso?

Las nubes se han puesto a subirse unas encima de otras. Esta noche va a ser larga. Hay muchos policías con perros buscando a Clara por el jardín. ¿Les habrá hablado mamá sobre la zona donde mi bisabuela prohibió poner un pie? Me parece escuchar el corazón del tiempo, cada minuto es importante, late junto al mío. Ajusto el *zoom* y enfoco las luces de las linternas de los policías que buscan también por la falda de Abantos, me recuerdan a las luciérnagas. OFF.

2

ARTURO

1 de marzo, 17:00 horas
Un mes y veintitrés días antes de la desaparición

La Casa del Torreón, así me había dicho mi mejor amigo que la llamaban, y que en ella vivía la bella Blanca. Toda mi esperanza de encontrar una historia para mi nuevo guion la había depositado en aquella mujer y en la casa, después de más de un año de sequía creativa. El navegador me había hecho dar mil vueltas por las calles adoquinadas del pueblo, donde las cúpulas del monasterio surgían de pronto haciéndote sentir dentro de un decorado, hasta que tomé por mi cuenta una carretera que ascendía hacia el monte Abantos. Era una tarde de llovizna. De asfalto brillante y viento. Nunca he creído en los malos presagios, aunque mi estómago se erice de miedo sin saber por qué. Aquella noche había soñado con mi propia muerte. Me ahogaba con un hueso de mango en una taberna del trópico, sudado y con traje blanco, parecía una peli mala de los años cuarenta. Una muerte absurda, y más aún cuando un fotograma des-

pués me encontraba inexplicablemente tendido sobre una manta blanca, entre unos pinos semejantes a los que la carretera ponía frente a mí, y con un regusto a sangre en la boca. Detuve en la cuneta el viejo Volkswagen. Abrí la guantera. Ni los sueños me eran favorables en aquel primero de marzo que me conducía, sin yo saberlo, al naufragio. Rescaté un cigarrillo de un paquete de sin filtro, y palpé el 45 oculto bajo un revoltijo de multas. Nada es como parece en los días de lluvia. Encendí el cigarro y bajé del coche, tras cerrar la guantera. La vida habla por boca del cielo. Un Mercedes plata pasó por mi lado y lo detuve.

—¿Una casa que dicen del Torreón, le suena por aquí? —le pregunté a una mujer.

—Cuando termine esta carretera, siga un camino de tierra que verá a mano izquierda —me respondió—. La casa está en la falda del monte.

Unos kilómetros más arriba, conforme me había indicado, vi despuntar entre los pinos una construcción cilíndrica, hecha de piedras, cuyo tejado comenzaba a borrarse por la neblina que descendía de la cima de Abantos. «El torreón», me dije. Aparqué al final del camino de tierra, junto a una verja doble de hierro. Al bajarme del coche presentí que había traspasado una barrera invisible donde el primer guardián era el viento que todo lo azotaba. Desenrosqué sin esfuerzo la cadena que unía por sus barrotes las dos puertas de la verja. Blanca así lo había dispuesto:

«Encontrarás el candado abierto. Aún no hemos arreglado la cerradura y tampoco hemos puesto un timbre. Pero, si lo que buscas es aislarte del mundo para trabajar,

agradecerás que siga así», eso me dijo por teléfono la tarde anterior a mi llegada.

Aislarme del mundo. A primera vista aquel era el lugar perfecto. Me adentré en él con el coche, siguiendo un camino de losas de granito que serpenteaba entre una avenida de tilos. En algunos tramos había de adivinar por dónde continuaba ya que las malas hierbas lo cubrían, desdibujándolo. Por más que me esforzaba, no conseguía ver la silueta de la casa; solo el alto torreón, un faro en aquel mar de árboles y niebla, me guiaba hacia sus muros. Y cuando estos surgieron, imponentes, el torreón me recordó a una pieza de ajedrez.

Sabía por mi amigo y por los periódicos lo que ocurrió allí hacía doce años. Los estragos que esa historia de la desaparición de una niña había causado en una familia que parecía tocada por la fatalidad. Mi amigo, que era colega del padre, de la facultad por lo visto, fue a visitarle cuando ya había pasado lo menos un año y la cría seguía sin aparecer. «Todo permanecía en la casa como si no hubiera transcurrido el tiempo —me dijo—, daba escalofríos.» Las botitas de la niña, con su nombre de luz, cargadas de musgo en el zaguán, en espera de la lluvia; la taza del desayuno y la ropita del cesto de lavar con su memoria intacta, incluso la sábana arrugada de la noche aciaga que desapareció, se hallaban inmóviles para ahuyentar el olvido. Fue entonces cuando ella entró en el salón, donde mi amigo y el padre bebían un whisky. «Te aseguro que uno dudaba de que perteneciera a este mundo.» Tenía el rostro del color que dejan los barbitúricos y los malos sueños, y unos ojos verdes atravesados por la desgracia. Miraba sin ver, envuelta en un camisón blanco en carne viva, y

el cabello rubio, espectral, enmarañado hasta la cintura. Revoloteó entre el humo de los cigarrillos, llevaba prendidas en la espalda unas alas de mariposa de cartón dorado. Se bebió de un trago el whisky de mi amigo y se esfumó dejándolo sin habla.

«No pude quitarme su imagen de la cabeza durante meses —me juró—, soñaba que la tenía entre mis brazos y la consolaba de su desgracia.»

Esta era la presentación que mi amigo me había hecho de la bella Blanca. Ella se hallaba tras aquellos muros, no había de hacerla esperar.